

e históricas. Desde el punto de vista fonético aduce ejemplos que demuestran la epéntesis de *i* en la agrupación latina *-an-*, como *aingeru* < lat. *a n g e l u*, *aingura* < lat. *a n c o r a*. Claro es que habría que separar como dudosos algunos casos en que la *i* pudo pasar atraída a la sílaba acentuada (*lukainka* < lat. *l u c a n i c a*, *gastaina* < lat. *c a s t a n e a*). Pero aun descartando estos ejemplos, es firme, a mi modo de ver, la posibilidad de *-ain* < *-anu* dentro de la fonética vasca. De mayor peso son todavía los motivos históricos. Era frecuente entre los romanos designar las propiedades o *fundi* con el nombre del dueño seguido de un sufijo, principalmente *-anus* (p. ej. *Octavianus*). Los derivados de este tipo están abundantemente atestiguados en nombres de poblados en toda la Galia (*-an*), en Cataluña (*-à*), en Aragón y Castilla (*-án*, *-ano*), junto a otros derivados del nombre personal del primer propietario con otros sufijos distintos de *-anu*. Caro Baroja da una lista, que ocupa diez páginas, de toponímicos navarros con el sufijo *-ain* añadido a un nombre personal (*Belascoain* < *Belasco*; *Marcalain* < *Marcellu*, etc.). Estudia a continuación los toponímicos del territorio vasco formados de nombre personal con los sufijos *-ín*, *-ano* (particularmente frecuentes en Vizcaya) y el femenino *-ana*. Con respecto a *-ín*, que el autor sugiere como reducción de *-ain*, fundándose en algunas grafías dobles (*-ayn*, *-ín*), ¿no cabría pensar también en una contaminación con el lat. *-inu*? La duda sólo puede ser resuelta viendo si hay nombres de antiguos *fundi* formados con este sufijo en comarcas lindantes con el país vasco.

En presencia de los numerosísimos toponímicos en *-ez*, *-iz*, *-oz*, procedentes de nombres personales, piensa que estas terminaciones son también románicas, y establece la conjetura de que pudieron formarse con el sufijo adjetivo *-icus*. Así por ejemplo de *Lope* saldría *Lupicus*; las pertenencias y descendientes de Lope serían *Lupici* (nominativo plural y genitivo de singular). Esta sugerencia, sin embargo, necesitaría mayores comprobaciones en territorios castellanos, leoneses, aragoneses y gallegos, para que pudiese ser aceptada sin reservas. En el cap. vi muestra cómo la toponimia es auxiliar inapreciable de la investigación histórica, y contiene aciertos indudables, como el caso de *Treviño* < *T r i f i n i u m*, el origen de la *cenдея* < *c e n t e a* navarra, la posibilidad de que en ocasiones el sufijo *-oi* tenga que ver con el lat. *-one* (lo cual obligaría a la revisión de algunos materiales de Menéndez Pidal, en *RFE*, 1918). Los capítulos finales del libro que comentamos están dedicados al estudio de los nombres personales en Vasconia y comarcas limítrofes; a reunir las noticias que se conservan sobre los pueblos pirenaicos y aquitanos de la antigüedad, y a estudiar algunos elementos prelatinos de la toponimia vasca, autóctonos o celtas.

En resumen, el libro del Sr. Caro Baroja, muy rico de contenido, alcanza conclusiones firmes en muchas cuestiones y apunta con buen método a la solución de otras más o menos discutibles. La objetividad con que se aplica a la interpretación de los hechos, sin prejuicios nacionalistas ni españolistas, contribuye a darle el valor científico que de algunos años a esta parte van tomando afortunadamente los estudios vascos. Por otro lado, la competencia que demuestra el autor en esta y otras publicaciones suyas, nos hace esperar con vivo interés los trabajos que anuncia sobre el problema del vascoiberismo y el de las relaciones del euskera con lenguas no indoeuropeas.

SAMUEL GILI GAYA

Madrid.

HANS JANNER, *La glosa en el siglo de oro: Una antología*. Colección "Ene", Madrid, 1946, 95 págs.

En un sustancioso artículo publicado por la *RFE* (xxvii, 1943, págs. 181-232) el Sr. Janner subrayó el hecho de que entre todas las formas poéticas españolas

sólo el romance y la glosa han sido imitados en las demás literaturas europeas. El romance cuenta con extensa bibliografía científica; no así la glosa, cuya valoración ha sido desatendida por los historiadores de nuestra poesía. La peculiaridad española de este tipo de poetización había sido señalada, entre otros, por Lope de Vega y, en el siglo XVIII, por Lessing. Aquel artículo, que en sus conclusiones más importantes resume ahora Janner al final de la antología que nos ocupa, necesitaba ser completado con una colección de ejemplos destinados a mostrar las diferentes formas métricas y estructuras ideales de la glosa, a la vez que su evolución desde mediados del siglo XV hasta el año 1700.

La antología publicada, a pesar de su corta extensión, cumple bien los fines a que su autor la destina, y al mismo tiempo pone al alcance del gran público una bella selección de un género que podríamos calificar de poco conocido como tal, aunque muchas de sus manifestaciones sean familiares al lector de nuestros líricos y dramaturgos del siglo de oro. Treinta y ocho son en conjunto las poesías glosadas, que se reúnen por orden cronológico. Las notas que van en las páginas finales nos informan de las ediciones de donde han sido transcritas las poesías, comentan el tipo de glosa que cada una de ellas representa, y nos dan bibliografía que permita ampliar el comentario y los ejemplos. Con este libro ha conseguido el Sr. Janner completar su estudio anterior sobre el mismo tema y realizar además una loable tarea divulgadora.

SAMUEL GILI GAYA

Madrid.

HENRI FRANÇOIS MULLER, *L'époque mérovingienne. Essai de synthèse de philologie et d'histoire*. New York, S. F. Vanni, 1945, 304 págs.

La publicación de este tomo da cima a más de treinta años de fecundas investigaciones en el campo del latín vulgar. En él Henri François Muller, profesor emérito de la Universidad de Columbia, ha intentado fundir filología e historia para dar un sentido más profundo a los hechos históricos y sociales que podemos coordinar de los textos existentes de la llamada edad oscura de la época merovingia. Aunque las conclusiones del profesor Muller no hayan sido hasta la fecha aceptadas por todos los eruditos<sup>1</sup>, se puede afirmar sin vacilación que, desde Meyer-Lübke, no ha aparecido otra teoría en el campo del latín vulgar que haya suscitado más discusión o haya provocado más investigaciones.

El profesor Muller ve la historia como síntesis y se vale de los hechos lingüísticos para hacerla más comprensible como movimiento social en el tiempo<sup>2</sup>. Su obra se divide en dieciocho capítulos, de los cuales once son lingüísticos; los otros siete son: 1) El fin del imperio romano y el advenimiento de fuerzas nuevas; 2) Problema social creado por la introducción del cristianismo en Occidente; 3) El cristianismo latino y las invasiones; 4) La creación del pueblo francés: la época de los obispos; 5) ...la época de los monasterios; 6) La expresión cultural de esta nueva sociedad; 7) Síntesis.

La tesis del autor es que la introducción del cristianismo en el Occidente causó una profunda democratización de las masas (págs. 22-23). La propaganda de la nueva religión debió ejercerse entre las masas por gente inculta, y la lengua usada

<sup>1</sup> Un excelente análisis de las últimas opiniones sobre la hipótesis de H. F. Muller puede encontrarse en un artículo de A. BURGER, *Pour une théorie du commun*, en *Mémorial des études latines*, 1947, págs. 162-169. También pueden consultarse H. PIRENNE, *Mahomet et Charlemagne*, París, 1947, y G. BONFANTE, *Los elementos populares en la lengua de Horacio*, Madrid, 1937 (Bonfante no está de acuerdo con la cronología del latín vulgar dada por el profesor Muller).

<sup>2</sup> En esto sigue a Vossler. Para este concepto de la historia véase RALPH TURNER, *The Great Cultural Traditions*, New York, McGraw-Hill, 1941.